

Transa poética de Efraín Huerta

► Ediciones Era, México, 1980. 132 pp.

José Miguel Oviedo

El prólogo se titula "Donde la locura..." y en él leemos frases como éstas: "Es que, la verdad, nunca le pedí permiso a nadie para escribir lo que malamente escribí. Cúpese a pocas personas de cuanto hice y publiqué"; "yo, que he sido coronado emperador de los quirófanos y que sobrevivo por pura inercia, porque no hay nada más que hacer"; "No, no ha pasado nada que no se pueda declarar en una aduana"; "Hace trece palabras escribí versos", y versos, versitos de a real son"; "Quiero que se me recuerde como un sobreviviente de varias batallas en que no estuve, de otras batallas — "campos de plumas"— en que sí creo haber estado". Estas y otras palabras componen un fiel retrato hablado del mexicanísimo Efraín Huerta, y de su insolente poética, que no es otra cosa que un arte de vivir intensamente, con una voluntad de riesgo que no excluye el puro placer y el cinismo. Por alguna razón, Huerta, aunque figura en las mejores antologías de la poesía mexicana (por ejemplo, está en la cita-

disima *Poesía en movimiento*) y aunque escribe desde los años 30 (nació en 1914, el mismo año que Octavio Paz), es virtualmente desconocido fuera de su país: destino injusto, porque se trata de un poeta de obra larga, significativa, muy personal y, sobre todo, muy fresca — en el sentido de atrevida e inmediata. Aunque mayor por su edad, Huerta es en su obra jovencísimo: todavía un fauno perturbado por el fragante hechizo de la carne, la noche y la fiesta. Es un romántico, pero que sabe — ardiente saber — que es patético serlo ahora, en que ya a nadie (ni a él mismo, a veces) le importa su prolongada bohemia. No sabe, sin embargo, ser otra cosa, y su poesía celebra esa fidelidad a un fantasma que quiere encarnarse como si el tiempo y la muerte no existiesen, con un tono y un lenguaje que tienen el sabor agri dulce del que recuerda su última parranda en plena madrugada.

Huerta es uno más en la dinastía de antipoetas y francotiradores líricos que conforman Nicanor Parra, Juan Gelman, Rafael Cadenas y otros; en México, desciende, sin duda, de Salvador Novo y se emparenta con Jaime Sabines, Gabriel Zaid y el reciente Gerardo Deniz: el humor, el prosaísmo y los efectos anticlimáticos los distinguen en mayor o menor proporción. Lo que Huerta aporta por su lado es, sobre todo, una alegría verbal, un gozoso modo de decir y decirse (porque esta poesía es una crónica personal), un feliz arrebatado que da consistencia a las fugaces sensaciones en las que se despedaza la vida. Esa fuerza directa puede ser francamente callejera:

La del piernón bruto me rebasó por la derecha;
razóme las regiones segredas, me vio de arriba
abajo
y se detuvo en el aire viciado: cielo sucio
de la Ruta 85, donde los ladrones
me conocen porque me roban, me pisotean

y me humilan: seguramente saben
que escribo versos: ¿Pero ella? ¿Por qué
me faulea, madrugá, tumba, habita, beba?

(“Juárez-Loreto”)

Pero este sincero brutal sabe también ser un lírico delicado e impecable, como en su "Cuarto canto de abandono"

Estoy sólidamente pegado a la tristeza
y en trance melancólico de no poder llorar
por tu ausencia de estrella, maravillosa mía,
por tu voz infinita como sudor que brota
cuando somos campanas en desorden y besos,
por tu fina traición a las lluvias tardes
en que comíamos uvas y redondos granizos.

Esos y algunos otros tonos de su obra quedan registrados en *Transa poética* que es, como él dice, "una autoantología caprichosa que deberá irritar a muchos y que muy pocos celebrarán". Se trata, sin embargo, de una selección bastante restrictiva: apenas unos cuarenta y tantos poemas entresacados de una docena de libros; de sus agudos "poemínimos" — cruce de *haikú*, *graffiti* y aforismo explosivo — hay apenas un par de ejemplos; y también muy pocos textos que ilustran la vena "social" de su poesía. Entre ironías, el autor explica esa decisión de varios modos, pero especialmente como "un asomo de sinceridad, hija directa y muy legítima de algo que podría llamarse neuroerotismo, que es un peligroso extremo de la lucidez". Ni siquiera ha querido conservar las fechas de los poemas, ni indicar su procedencia: la antología no sirve para recomponer un proceso a lo largo de los años, sino para apreciarlo de un vistazo y en síntesis, como una instantánea del poeta, con sus obsesiones y querencias, aquí y ahora. Entre esas obsesiones, la erótica es el único núcleo posible de un vitalismo anárquico, que luego se desparrama por terrenos fronterizos: la amistad, la taberna,

los homenajes a escritores, los paisajes propios y ajenos del eterno vagabundo. En "La rosa primitiva", un texto de los 50. Huerta hace una propuesta que bien puede valer como un arte poética todavía hoy:

Ama con sencillez, como si nada.
 Sé dueño de tu infierno, propietario absoluto
 de tu deseo y tus ansias, de tu salud y tus odios.
 Fabricate, en secreto, una ciudad sagrada,
 y equilibra en su centro la rosa primitiva.
 Al pueblo y a la hembra que enciendan cuanto
 hay en ti de hermoso,
 y murmuren mensajes en tus oídos frágiles,
 debes verlos con santa melancolía y un
 aire desdenguado
 mandarlos hacia nunca, hacia siempre,
 hacia ninguna parte

Su afiebrada sensualidad provoca un desfile de cuerpos y rostros femeninos, anónimos o no: como en Dario (a quien dedica un apasionado "Responso..."), la carne es un absoluto del que sólo se tiene noticia a través de encuentros azarosos. El fauno celebra muchos triunfos y travesuras con sus ninfas, pero al final no se corona de laureles, sino con la ceniza de la derrota y la fatiga:

¡Buenos días, cazadora, flechadora del
 alba, diosa de los crepúsculos!
 Dejo a tus pies un poco de anhelo juvenil
 y en tus hombros, apenas,
 abandono las alas rotas de este poema

La pasión carnal se expresa con intensidad al mismo tiempo que se la critica por la vía del humor (el amor físico visto al trasluz, como barato amorío nocturno) y de la serena piedad (el poeta-Don Juan convertido en víctima de sus víctimas, enamorado irremediablemente de su presa). El ánimo juguetón e inventivo de Huerta campea por todo el libro. La gracia de su lenguaje poético está en esa mezcla impura de la cita literaria y la obscenidad, del hallazgo lírico y el chispazo burlón, del retruécano y el chiste. Un ejemplo máximo es el divertido "Manifiesto nalgaista", turbulenta celebración del sexo como frenesí orgiástico, tan llena de resonancias y parodias darianas:

Nalgaista hasta la médula de los huesos
 (dije huesos)
 hasta la marcha de desesperación
 hasta los hígados
 Así me tienes
 a tus pies rendido
 pequeñamente de ladito como el oficante

de los fracasos rey amargo
 pero no lo digáis
 no digáis
 que agotado mi tesoro
 tampoco
 tampoco
 tampoco la toquéis
 ni con el pétalo de un maguey

Los juegos de palabras ("lo virginal no quita lo caliente", "los más feroces estudios obscenográficos"), las aliteraciones ("la leve luz lamida por los álamos", "largo como la larga ele del áureo venablo libidinoso"), el uso enormemente expresivo del adverbio ("¿Amar golpeadamente./húmedamente, a puño limpio...?) y el superlativo ("¡Oh seductora seducidísima!... ¡Ah vencedora vencidísima!"), dan a la poesía de Huerta su vivacidad y encanto peculiares. No siempre esos mecanismos liberadores funcionan en la dirección correcta y la hacen encallar en un sentimentalismo fácil, cuando no en una gastada mitología popular. Pero cuando no ocurre esto — y es la mayoría de las veces —, cuando uno siente aflorar bajo la superficie pintoresca y rudemente comunicativa, una sedicente ternura y una visión resignada ante la fatalidad y la crueldad de la vida, no cabe duda de que estamos ante un verdadero poeta — alguien que nos ofrece sin retaceos su corazón y sus tripas. O, como él dice: "Un cántico de tristeza, gozosamente lamentoso".



Obras de Francisco A. de Icaza

► Edición y estudio preliminar de Rafael Castillo
 Fondo de Cultura Económica, 1980, 1268 pp.

Ramón Xirau

La obra de Francisco A. de Icaza (México, 1863-Madrid 1925) y especialmente su poesía, ha sido leída por una pequeña minoría de escritores y críticos a lo largo de los años. No puede decirse, con todo, que fuera de verdad conocida ni vista como merece serlo — vista como la conciencia de un gran historiador, un espléndido y agresivo crítico, un poeta en el cual el matiz, lo entredicho, lo vislumbrado, se manifiestan de modo originalísimo. ¿Cómo explicar el olvido de Francisco A. de Icaza? ¿hombre que pertenece a dos países — España y México — sin que ninguno de los dos asumiera hasta ahora la publicación de sus libros? ¿crítica "pasada de moda"? ¿poesía menor? Ninguna de estas preguntas remite al problema ni lo explica del todo. Icaza no está pasado de moda ni es menor. Tal vez el olvido — insisto, Icaza era conocido por Alfonso Reyes, quien tanto hizo por él en los últimos años de su vida, por los "Contemporáneos", por los poetas de Taller, por mi propia generación. Sin embargo el hecho es que no podíamos conocerlo — sobre todo los nacidos después de 1914. Ciertamente, a raíz de su muerte, la familia intentó publicar sus obras completas; motivos económicos hicieron imposible que aparecieran más que unos cuantos tomos por desgracia mal distribuidos. Ahora a cincuenta y cinco años de su muerte, el Fondo nos permite conpenetrarnos de una obra excelente, múltiple, sabia y variadísima. Si ahora no leemos a Icaza no tenemos perdón.

En este comentario tocaré los puntos siguientes: